

NARRACIÓN Y LIBERTAD

JORGE PEÑA

What is called by Polo as “the native freedom” derives from the acceptance of the being offered and that is precisely known as such in the act of accepting it as a gift. This native freedom requires a destination to be unfolded. Freedom requires radicality as well as horizon. The radical freedom only exists where its horizon is open to big question putting the entire life at stake. The structure of the heroic myth illustrates the difficulties of the freedom. In the true free act we choose at the same time that we consent. The dialectic of this time free act is illuminated by the basic confidence of the native freedom and the taking into account of the beneficiary (destination).

En el presente trabajo¹ quiero hacer algunas reflexiones en torno a un aspecto de “Tener y dar”², uno de los ensayos más fecundos en consecuencias antropológicas de la profusa obra de don Leonardo Polo, y en algunas consideraciones sobre libertad y narración, presente sobre todo en *Quién es el hombre*³. En mi consideración de la libertad me limito a estas obras, sin tratar de ahondar en lo que Polo ha llamado la libertad trascendental, que sin duda tiene un mayor alcance metafísico. Abordaremos en un primer momento (1) qué entiende por dar y su correlación con el aceptar el don que se ofrece; luego, (2) la grandeza de la ofrenda y la donación exige horizonte y la radicalidad en el acto de la libertad; (3) la radicalidad viene dada por la libertad nativa y su horizonte por la libertad de destinación. (4) Precisamente los actos de libertad radical constituyen la estructura narrativa fundamental de la vida humana. La presencia de resistencias a los proyectos de la libertad nativa, (4) nos llevará a distinguir la modalidad de escoger y de consentir en el acto libre. Son (5) la relación dialéctica que se da en el tiempo de la libertad de escoger con la de aceptar, con todas sus vicisitudes y peripecias concretas, las que se recogen en toda narración tanto existencial como literaria.

¹ Este trabajo forma parte de una investigación más amplia patrocinada por Fondecyr (Chile).

² L. Polo, “Tener y dar”, en *Estudios sobre la Encíclica Laborem Exercens*, BAC, Madrid, 1987, 201-230 (cit. “Tener y dar”).

³ L. Polo, *Quién es el hombre. Un espíritu en el tiempo*, Rialp, Madrid, 1991 (cit. *Quién es el hombre*).

1. El prójimo en el dar.

En “Tener y dar”, tras pasar revista a lo que significa para el hombre tener y a las distintas modalidades del poseer (cosas, operaciones inmanentes, virtudes), el profesor Polo se centra en lo que es propio de la persona, el dar. Afirmará: “Ciertamente que el hombre desea (es un hecho de experiencia); ciertamente que la voluntad no es una facultad deseante en Dios, pero sí en el hombre. Ahora bien: tampoco es cierto que el hombre sea únicamente deseante. ¿Qué puede haber más allá de la tendencia a poseer y de la posesión misma? Obviamente, el donar. Si la actividad de la voluntad es donante, trasciende lo que los griegos entendían por *télos*. He aquí la hiperteleología cristiana. Donar es dar sin perder, la actividad superior al equilibrio de pérdidas y ganancias, el ganar sin adquirir o el adquirir dando (...). El principio de la dación ha de ser más radical que la inmanencia, e incluso que la virtud. Es lo que se llama *inimitabilidad*. Esto determina estrictamente la noción de persona. El hombre es un ser personal porque es capaz de dar. Desde la persona dar significa aportar. El aportar refrenda el tener”⁴.

Establecido que el tener es refrendado y continuado en la donación, Polo introduce una noción ulterior que llama *destinar*. Si se trata de dar, que no es alcanzar horizontes, lo decisivo será el término, quién lo va a aceptar. Por eso dirá Polo: “La cuestión del destinar reside en el destinatario. Por decirlo de algún modo, al hacer el balance de todo lo que es desde la persona, el hombre se encuentra con que eso no le basta, sino que tiene que *encontrar* un término, que no es el término del deseo, sino el del ofrecimiento”⁵. Esa ofrenda de la persona exige tener la confianza de que va a ser aceptada, de que habrá reciprocidad y respuesta. Por eso en la destinación es decisivo el otro, el prójimo. Es central la presencia de un beneficiario para que sistémicamente se incremente tanto el donante como el receptor: “El prójimo –dice Polo– no es el destinatario de la donación como receptor tan sólo. La donación mira, ante todo, a la dignificación y excluye la posibilidad de que los demás no sean dignificables”⁶. El sentido y finalidad de toda donación es precisamente la posibilidad de enriquecer y elevar a los demás, cooperar en su incremento como persona, buscar y fomentar la dignidad de todos los hombres. Es la esperanza que acompaña y motiva toda donación. Tal tarea o encargo es inacabable, nunca podremos cumplirla cabalmente y siempre seremos indigentes en el dar: la insatisfacción consistirá precisamente en no cansarse de dar. Polo concluirá este riquísimo ensayo, pleno de consecuencias antropológicas, diciendo: “Una capacidad de amar completamente solitaria sería la tragedia absoluta. Así se formula la dimensión trágica de la antropología

⁴ L. Polo, “Tener y dar”, 225 y 226.

⁵ L. Polo, “Tener y dar”, 228.

⁶ L. Polo, “Tener y dar”, 229.

cristiana. Si los demás no son dignificables, entonces yo soy un ser sin sentido; yo tengo, por así decirlo, un fardo excesivamente grande que no puedo descargar en nada; yo tengo una capacidad anulada en su término. Pues el término de la esperanza no es lo propio sino lo otro”⁷.

El dar es correlativo no con el recibir sino con el aceptar. Para ello hay que despojar el aceptar de cierto carácter pasivo con el que parece estar asociado. No puede haber don si nadie lo acepta. El dar en el ámbito interpersonal no es difusivo: el amor para que sea tal exige correspondencia y no se ejerce de modo unilateral. Pero si se acepta el amor renace en el que ama, puesto que la persona es un ser-con, un además, empleando terminología poliana. El valor del don no sólo depende del donante sino también de quién lo acepta como tal. No hay don si éste no es aceptado, y lo será –antes no– cuando es aceptado. Por eso es que lo crucial es acertar en el dar.

2. Radicalidad y horizonte de la libertad.

Polo reiterará que lo esencial es aceptar el don que se nos ofrece. Ese es el acto primario de libertad, aceptar el ser y aceptarlo como un don. Dependemos de una iniciativa absolutamente originaria que nos ha dado el ser: la aceptación de ese don es la libertad nativa. No decidimos nacer, pero cabe aceptarlo. No nos hemos dado el ser a nosotros mismos. Debemos aceptar y consentir a nuestra situación de creaturas. Puede que nos resistamos y opongamos a aceptar nuestra dependencia de Dios, a aceptar que nuestro ser nos ha sido dado y que es un don recibido. El ser no es verdaderamente reconocido hasta el momento en que es aceptado como don. Esta aceptación no es inercia o pasividad pura, sino docilidad, es decir, receptividad y apertura, única respuesta adecuada a la generosidad del Ser. La afirmación del ser alcanza su pleno significado como consentimiento al Ser, consentimiento que no es sino una respuesta a una llamada previa que viene del Ser. El ser finito no coincide consigo mismo, puesto que implica un acto cuyo origen no explica. Desde una perspectiva metafísica, la afirmación de Dios es reconocer esta dependencia, y en este sentido, existir y depender de Dios se identifican porque el ser mismo es un testimonio de Dios. Sólo la aceptación del ser, el reconocimiento libremente consentido de nuestra necesaria dependencia nos conduce a la verdad de nosotros mismos, porque nos revela que nuestra referencia a Dios no es producto de nuestro esfuerzo, sino el sentido mismo del ser que nos es ofrecido. Nuestra búsqueda de Dios no es sino una respuesta a la llamada previa que llega a nosotros por y a través de la existencia otorgada. La iniciativa viene siempre de Dios. Incluso cuando creemos buscar a Dios no

⁷ L. Polo, “Tener y dar”, 230.

hacemos más que descubrir esa iniciativa, infinitamente respetuosa de nuestra libertad, por la que Dios nos llama a Él. Porque como se dice en San Juan, “en esto está la caridad: no en que nosotros hayamos amado a Dios sino en que Él nos amó primero a nosotros”⁸. Nuestra libertad existe solo para dar una mejor o peor respuesta; es Él quien nos corteja y nosotros los cortejados, siendo nuestra mayor actividad una respuesta más que una iniciativa. “La libertad *nativa* –dirá Polo– es el nacer a la filiación en tanto que se nace como hijo”⁹. Un querer comenzar desde sí o por sí es una libertad emancipada.

Lo propio del don es requerir correspondencia. Esta libertad nativa debe ejercerse, pues ¿para qué admitir la libertad nativa si la realidad no da ocasión para su ejercicio? El mejor modo de desplegar y dilatar esta libertad nativa lo proporciona la ética de las tendencias fortalecidas, la ética de las virtudes. “Aparece entonces –dirá Polo– otra dimensión: la ética de las virtudes, que es griega, culmina en la ética de la destinación. No se olvide que la libertad puede ser un fardo: tenemos más libertad que ocasiones de ejercerla, si no descubrimos aquello respecto de lo cual se puede ejercer entera. A eso llamo destinación”¹⁰. El valor de la libertad dependerá del bien al que se dirige, del fin al cual apunta, de su destinación. Esa destinación ha de ser una persona. Ser libre no es ser independiente, sino depender de quien se ama. Cuando se deja de amar se empieza a reivindicar la libertad y los vínculos se tornan cadenas. En este sentido amor y libertad son términos intercambiables: a nadie se le puede obligar a amar y cuanto mayor es nuestra capacidad de amar mayor será nuestra libertad. Pero hablar de amor es ya referirse a la destinación. Es que desde la libertad nativa nos abrimos a la libertad como destinación. Polo dice al respecto: “La realidad a la que nos abrimos tiene que justificar que seamos libres, y como un conjunto de nimiedades no justifica ser radicalmente libre (a lo sumo merece una pequeña libertad), la libertad profunda queda entonces abierta a la nada”¹¹. Se producirá una trivialización de la libertad al ejercitarse en banalidades. Nuestro autor, apoyándose en observaciones de Scheler¹² relativas a lo engañoso del sentimiento o vivencia de la libertad –que se corresponde con una escasa realidad de la libertad– abunda en ejemplos de libertad referidos a cuestiones de poca monta que no permiten un ejercicio profundo de la libertad. Se requiere un empeño comprometido en cuestiones de envergadura para ejercer la libertad de modo más radical. De otro modo, el ejercicio de la libertad quedará confinado a trivialidades y muy recortada en sus proyec-

⁸ Jn. 4, 10.

⁹ L. Polo, *Quién es el hombre*, 211.

¹⁰ L. Polo, *Quién es el hombre*, 221.

¹¹ L. Polo, *Quién es el hombre*, 221.

¹² M. Scheler, *Phänomenologie und Metaphysik der Freiheit*, Francke Verlag, Bern; trad. al cast. de W. Liebling, Nova, Buenos Aires, 1960, 8-14.

nes. A su vez, la libertad emancipada, desarraigada, en orden a nada y sin destino, carece de radicalidad.

Esta radicalidad de la libertad exige la apertura a Dios y a las grandes cuestiones. Polo lo dirá con una afirmación audaz: “Si el hombre es radicalmente libre, Dios tiene que existir. La libertad es una prueba de la existencia de Dios. Si la libertad es radical, exige un ejercicio completo; para ello es necesario que se ejerza respecto del Ser sin restricción. Si sólo el ser humano se toma en cuenta, la libertad humana no puede ser radical (...). La libertad está abierta a un ejercerse exhaustivo y no hay nada en este mundo que lo merezca. La libertad es cumplir lo que uno quiere, pero eso tiene un límite, una condición, y es el querer lo suficiente; para ello lo querido tiene que ser suficientemente real”¹³.

Nuevamente la cuestión clave es por un lado la apertura de la libertad, y, por otro, el referente de la libertad. Si el uso de la libertad alude a meras cosas, a elecciones banales entre alternativas triviales, se ejercerá falsamente y en el vacío. El uso de la libertad se lleva a cabo a expensas de la libertad misma, porque el que escoge pierde a la vez la capacidad activa de la elección y la capacidad pasiva de la aceptación. Ya no puede elegir ni ser elegido: se halla ocupado (y por consiguiente limitado) por un determinado objeto. De ahí que la valía de la realidad personal a la que se dirige la libertad valora la libertad misma. Y tratándose de una libertad personal se requiere que junto al dar y elegir esté el recibir y el aceptar. “Es menester –dirá Polo– que haya correspondencia: si soy persona, Dios es persona. La libertad prueba la existencia de un Dios personal. Pero también es una prueba de la personalidad de los demás hombres. Los otros no son el infierno, como dice Sartre; el infierno es la libertad aislada. Si los demás son también personas, si existen más personas que yo, al tratar con ellas puedo ejercer mi libertad radical y personal: si me aíso, no puedo ejercerla”¹⁴. Si existen personas hay una destinación y un sentido para mi libertad, puedo empeñarme en dignificar y enaltecer a los que están conmigo. En cambio, si esa apertura no encuentra un ser también personal, quedaría frustrada y cabría tener miedo y odio a la libertad. Polo concluirá: “En la medida en que la vida humana se encara con asuntos de poca monta, en esa misma medida la libertad se acorta, pierde *radicalidad* y *horizonte*. He llamado a lo primero libertad nativa; lo segundo es la destinación de la libertad”¹⁵.

¹³ L. Polo, *Quién es el hombre*, 222 y 223.

¹⁴ L. Polo, *Quién es el hombre*, 223.

¹⁵ L. Polo, *Quién es el hombre*, 244.

3. Libertad radical.

Se ha insistido en que es la apertura y la radicalidad la que le otorgan sentido y grandeza a nuestra libertad. Lo que refleja la gran literatura son esos momentos de libertad radical. En toda vida humana hay unos instantes de detención o momentos estelares, en los que tenemos la impresión de estar más allá de la duración común. Ello ocurre cuando ejercemos nuestra libertad radical y ponemos en juego de modo anticipado nuestra vida entera. El momento de la muerte puede ser un ejemplo paradigmático de lo que son opciones radicales y definitivas. En esos instantes ponemos en juego lo que somos y queremos ser. Asimismo conocemos lo que son ciertos compromisos que se presentan como irreversibles: elección de una profesión, de un cónyuge, de un partido, de una política, de una religión o de una irreligión, de fidelidad o alteración sustancial de horizontes. Los momentos anteriores que constituyen la duración común pasan a ser considerados como mera preparación o simples prolegómenos de esos momentos decisivos. La persona toma conciencia de que debe arriesgarse, embarcarse valientemente. No se puede escribir una historia o narración sin encontrar esos instantes de riesgo que cambian la faz de las cosas. Y, sin embargo, el paso del tiempo suele sumergir o meramente confundir estos instantes soberanos con la duración común. El relieve de una vida humana requiere que esos instantes no pierdan su carácter privilegiado y soberano de actos de libertad radical, que como focos de luz, iluminen y dan sentido tanto al pasado como al futuro. El pasado ha sido cultivo y preparación para ese momento de libertad radical, y el futuro se ordenará en función de él.

El problema consistirá en hacer durar ese instante privilegiado, en ser fiel al compromiso de un día. Por el contrario, la infidelidad llevará a cuestionar ese acto de libertad soberana, a considerarla un momento sin mayor relieve en la duración común. Sea lo que sea, se intentará borrar el propio pasado, se lo considerará un lamentable error, un camino truncado, pérdida de tiempo en definitiva. Otros intentarán románticamente revivir el instante privilegiado del idilio manteniendo en su memoria, por sugestión continua o alucinación provocada, la figura luminosa de la amada. La forma más sensata de revivir el instante privilegiado es encarnarlo en la existencia, como una semilla hundida en la duración llamada a germinar y desarrollarse a través de una fuerza interior capaz de echar raíces. Es propio de la sabiduría tratar de renovar, mantener, promover y despertar esa hora privilegiada, esa hora íntima. Algo análogo acontece con los pueblos y las colectividades. El sentido de las fiestas en tantas tradiciones y religiones primitivas es la de rememorar esos momentos fundacionales y producir, a través del rito, el retorno de esos instantes privilegiados bajo una forma popular, regular, solemne.

4. Estructura narrativa de la existencia humana.

Son estos actos de libertad radical los que articulan y constituyen la estructura narrativa de la existencia humana. “Entramos en nuestra libertad –dice Polo– cuando nos metemos en complicaciones, y en ellas nos comprometemos, y tenemos que echar mano de todas nuestras energías para que nuestro proyecto se abra cauce (...). En contraposición a la vivencia entusiástica y superficial de la libertad, nos encontramos con la libertad entroncada con encargos”¹⁶. Para ilustrar las dificultades de la libertad recurrirá a la estructura del mito heroico y al cuento de Caperucita Roja. Quizás una niña de 12 años, ingenua y candorosa saltando por el bosque, no ilustra bien la madurez y responsabilidad del sujeto, pero comprendemos que se trata de un ejemplo que pretende ser provocativo que también es válido para los trabajos de Hércules. Con tono de *divertimento* pedagógico Polo dice: “Primero está la madre de Caperucita que le da un encargo: llevar una cesta con pan y miel a la abuela, que es el beneficiario. Pero «ten cuidado, porque te saldrá al paso el lobo»: es el adversario. El sujeto, el héroe del cuento, es Caperucita. Sin todos estos elementos, el mito heroico es incompleto. Con todos ellos el mito heroico es una forma muy profunda de entender la aventura humana”¹⁷. Todos estos elementos –encargo, sujeto, adversario, beneficiario– forman un sistema que se empobrece cuando se elimina uno de ellos. El olvido del beneficiario lleva a un ejercicio de la libertad trunco y egoísta que elimina la destinación de la libertad; a su vez, la no consideración de quién encarga clausura la libertad nativa y nadie deposita en el sujeto la confianza necesaria para su despliegue. Si no hay esta confianza originaria en quién encarga la libertad tiende a ejercerse de modo atormentado, intranquilo y angustioso, lejos de una libertad tranquila y alegre, confiada y cierta, tal como nos la imaginamos en los héroes y en los santos. No se trata de liberar a la libertad de toda angustia, pero sí de otorgarle una confianza básica que permita su despliegue. La acción será así más fácil y desenvuelta, audaz, segura e incluso temeraria.

Polo concibe sistémicamente estos cuatro elementos: “Si no hay quien encargue, no hay tarea para la libertad nativa. Si alguien no acepta el encargo, no hay sujeto libre. Si no hay adversario, la cosa no tiene gracia, y si no hay beneficiario, no tiene sentido (libertad de destinación)”¹⁸.

Este esquema gobierna en gran parte de la literatura. Pero lo fundamental es destacar el carácter interpersonal del ejercicio de la libertad, tanto en su origen como en su destinación. Lo que a toda costa debe

¹⁶ L. Polo, *Quién es el hombre*, 245.

¹⁷ L. Polo, *Quién es el hombre*, 246.

¹⁸ L. Polo, *Quién es el hombre*, 247.

evitarse es el ejercicio de la libertad en solitario y con un único auto-beneficiario. Es lo que destaca permanentemente el profesor Polo cuando concluye: “Si no hay quien encargue, tampoco hay libertad nativa. Es decir, la libertad no puede estar sola en su arranque. Tampoco en su destino. Si está sólo en su arranque o en su destino, el hombre se encuentra solo. Pensar que la libertad es la autoinvención de encargos es falso; la libertad es la perspicacia implicada en un intelecto suficientemente lúcido para darse cuenta de que en su arranque mismo está acompañado. Si el hombre atendiera el encargo sin estar respaldado en su punto de partida, la libertad estaría hueca *a priori*, es decir, en tanto que libertad nativa. A su vez, sin beneficiario la libertad sin destino se abriría a la nada”¹⁹.

Este es el esquema estructural abstracto de la aventura de la libertad. Para ver este esquema funcionando en la temporalidad concreta y viviente, debemos narrar la vida de la persona con sus proyectos, posibilidades y dificultades. Los obstáculos provenientes de la realidad nos llevarán a detectar junto a la libertad para proyectar y escoger, la de consentir y aceptar. Estamos sin cesar sumergidos en un mundo de accidentes que limitan nuestro ser y obstaculizan nuestros proyectos. Gracias al elemento refractario de la realidad, la obra de arte que resulta de la propia vida llega a ser más bella y madura de la que con ilusión, aunque ingenuamente, se anticipó en los comienzos.

5. Libertad y temporalidad: escoger y consentir.

No se describe adecuadamente un acto libre si no se tiene en cuenta las dificultades provenientes de las adversidades y toda la constelación de azares y circunstancias que parecen conspirar contra lo que se ha decidido. Por momentos pareciera que existe un poder por encima de nosotros, rico en amor y en humor, que se divirtiese viendo que las metas que nos proponemos, nuestros proyectos o nuestros propósitos, son utilizados para fines que nos superan, nos sobrepasan, nos colman o nos dislocan. La historia está llena de estas transmutaciones, alteraciones y modificaciones de un querer original. Colón va en busca de especies y encuentra un continente; Hitler quiere destruir el comunismo ruso, pero su peripecia histórica termina instalando a los rusos en Berlín; el Imperio Romano pretende aplastar el cristianismo, pero sus persecuciones contribuyen a su vigor e implantación. Ese poder irónico y desconcertante, rico en humor y amor, se divierte llevándonos unas veces más arriba, otras veces más abajo, en cualquier caso a una orilla diversa a la originariamente prevista en el proyecto, fijada en el cálculo, apuntada en la intención. Pareciera que a veces apunta a la

¹⁹ L. Polo, *Quién es el hombre*, 248.

purificación del proyecto, a que se despoje de elementos accesorios con los que inicialmente se encuentra asociado; otras veces a liberarnos definitivamente de una ilusión, de una visión romántica e ingenua de la realidad.

Los actos de libertad radical se proyectan y se adoptan por encima del tiempo, ignorando las vicisitudes a las que ese proyecto de vida se verá sometido en el tiempo real y concreto. Si en el momento en que un hombre y una mujer se unen en un juramento de amor perpetuo y recíproco, un genio maligno hiciese desfilar ante su ojos las pruebas que ese amor deberá afrontar en la historia ¡qué estremecimientos, dudas y perplejidades se produciría en sus almas! Una providente ignorancia permite que audazmente se comprometan y embarquen. Sólo un amor verdadero permitirá vencer esas pruebas, y a su vez, sólo se alcanzará la plena medida del amor a través de una purificación larga y severa. Las quimeras se desploman al contacto de la vida cotidiana y el ser adorado como único se convierte poco a poco en un hombre o una mujer “como los otros”. Todo el problema consiste en despojar el amor de su ganga, librar el oasis del espejismo, lo que es verdadero amor de lo que no es. Sin esta purificación, el amor no escapa en el presente a la ilusión, ni en el porvenir a la muerte.

Jean Guilton decía que “el verdadero acto de libertad, cuando reflexionamos sobre él, se nos aparece como un acto por el que *al mismo tiempo* escogemos y consentimos”²⁰. Escogemos nuestro propósito, nuestro proyecto, nuestra vocación, nuestra profesión, nuestras amistades, escogemos incluso nuestros deseos. Pero sabemos que muchos deseos se verán frustrados, que esas amistades se verán enturbiadas, que los proyectos se verán modificados. Primero una libertad de elección, por la que escogemos tal vía, proyecto o propósito. Anticipo, dibujo mi futuro animado por la ilusión y la esperanza. Pero a medida que ese proyecto se adentra en su realización se modifica en varios puntos, casi fatalmente se degrada. Entonces, a través de esos pedazos del espejo de mi ser, aparece, venida de las profundidades, una libertad más elástica y menos obstinada que la primera, menos expectante, aunque más serenamente esperanzada, más madura en todo caso y más inventiva, sobre todo más abandonada al movimiento de la historia, y, por tanto, más real. Esta libertad más profunda es la que con las propias miserias, errores y fracasos restaura ese proyecto primitivo, lo libera de las ingenuidades y ensueños y lo hace más maduro y real. Esta segunda libertad es de re-creación, de consentimiento, hecha de los fragmentos de la obra nacida de nuestra libertad ingenua y original.

En momentos en que es un lugar común hablar de autorrealización, de hacerse a sí mismo, de liberarse, contrasta la acertada observación de

²⁰ J. Guilton, *Histoire et destinée*, Desclée De Brouwer, Paris, 1970; trad. al cast. *Historia y destino* de J. de Fuentes, Rialp, Madrid, 1977, 217.

Guitton: “Si examinamos nuestra vida con auténtica lucidez, nos daremos cuenta de que los momentos que hemos querido totalmente son muy pocos. La mayoría de nuestros actos de libertad han sido actos de *fiat*, «de hágase», es decir, de consentimiento y de una creadora vuelta a empezar (...). En el fondo, es la palabra «fiat», «que me sea hecho», la que revela la esencia de la libertad en el curso de la existencia temporal”²¹.

Sean los que sean los avatares y peripecias de nuestra narrativa, los obstáculos y limitaciones que se ciernan sobre nuestros proyectos vitales procedentes de nuestros actos de libertad radical, serán tanto la confianza básica que procede de quien confía el encargo (libertad nativa) como la conciencia clara del beneficiario, los capaces de iluminar los pasos a seguir. Así el ejercicio de nuestra libertad será resuelto, seguro, audaz y confiado.

Jorge Peña Vial
Universidad de los Andes
Santiago de Chile



²¹ J. Guitton, *Historia y destino*, 215-216.